

# SIGNIFICADO DE LA HUERTA EN EL PAISAJE MURCIANO

## 1. SIGNIFICADO DE LA HUERTA EN EL PAISAJE MURCIANO

**I**NDUDABLEMENTE que nos enfrentamos, quienes de alguna manera nos preocupa la transformación del entorno, del paisaje, de las formas de vida actuales: con graves problemas, debido a la plasmación de lo que se ha dado en llamar el «fenómeno urbano» (1), que significa el acoplamiento, desde el siglo XIX, a otras formas de vida que arrastran y traen consigo deterioros del paisaje; ese rostro de la tierra sobre la que se intenta provocar la destrucción más agobiante, en un rompimiento con el ecosistema, con el macroclima y el hábitat al que estaba el hombre acostumbrado en los pasados siglos. Naturalmente que esta situación se ha puesto ya de manifiesto por numerosos autores, por filósofos y etnólogos, por historiadores que ahondan en las causas de este momento y en especial, por Lewis Mumford, en su amplia obra, que por sí sola merecería un estudio detenido y meditado, pues cada vez más se van dando las consecuencias drásticas y pesimistas que van hundiendo la naturaleza en sus perfiles más abultados y específicos, hasta el punto, que vamos desgastando los elementos primigenios, segando la entraña y sus raíces más perdurables, cambiando la faz de la tierra: clavando el cuchillo sobre el rostro sensible de las viejas y variopintas densidades urbanas, con la descomposición del hábitat humano.

Indudablemente que ello viene siendo estudiado por mismo Pierre George, y otros geógrafos que se amparan en el «ekumene», poniéndonos de manifiesto un panorama de obsolescencias varias y de cataclismos motivados por el hacer de la máquina sobre la superficie terráquea. En realidad se va transformando el paisaje humano: su forma de vida, hacia un paisaje standarizado: con nuevos

aditamentos, donde las viejas manifestaciones del «bocage», ya no sirven y se abocan en una economía superada (2). Cambia el rostro del paisaje sobre la Tierra y penetramos en una especie de economía especializada con las profusiones de las grandes empresas y asociaciones, en base a fuertes medidas de demandas de consumo. Ello, sin duda entendemos que va en deterioro de los engranajes menudos y primigenios, que todavía persisten y reclaman su misión, aunque el enfoque sea distinto desde el punto de vista de una metodología del etnólogo y del economista. La Humanidad se halla en una encrucijada vi-driosa: o ha de recuperar su pasado en sus singularismos y pervivencias, o simplemente se integrara en una monolítica expresión de formas y usos de vida, donde un imperialismo feroz y ataviado de sus propios ideales, haga que todo sucumba bajo su dictadura.

Vienen a colación estas sugerencias, motivadas por la pérdida que se viene sufriendo en la «bella imagen» de la huerta, catalogada como tal por Polo de Medina, preclaro escritor barroco murciano, que junto con el no menos erudito e insigne, Beltrán Hidalgo, describieron con sus plumas, los esplendores de una naturaleza paradisiaca, que rodeaba a la urbe murciana, cuando estaba penetrada de su auténtica «vocación urbana», con los monumentos urbanos que lucían y hacían gala, de que Murcia estuviera catalogada, como la dama barroca por antonomasia, enraizada en la magia de su arte. Tanto de la imagería salzillesca, como en las piezas de su arquitectura, en el perfil de su catedral, fachada de J. Bort, que sirve de ejemplo en la catadura de su empaque estético. Y por supuesto en su entorno quedaba la huerta, de la que el mismo Francisco Cascales, autor de los célebres «Discursos Históricos...» es su testigo admirador, por la gracia y composición de su tinglado; es-



estructura, con su flora cantada por el autor de las Academias del Jardín, por la hermosura de su expresión natural, que era una exaltación de la misma naturaleza y de su mensaje vario, en un clima meridional que hiciera las delicias de los escritores medievales, sobre todo, de los sefardíes que venían, en esta tierra de privilegio, aquellos parajes que entonan nostálgicamente en sus siónidas. Una huerta densa, donde el árabe impone su impronta, a semejanza del paisaje siríaco (3) y que desde el denominado Azud de la Contraparada, hasta llegar a la Vega Baja oriholana, ordena el espacio, para que descansen finalmente al final de su trayecto: en Guardamar. Formando un cuadro de heredamientos, con sus bancales y acequias, sus brazales, sus meranchos y hebras

finas de agua, que riegan sus barbechos y compone un mosaico de color, donde el verde asoma su plasticidad absoluta, como el mago del color huertano, digno de una tesis, enfocada desde la estética pura. Lo que hace que la huerta murciana sea un vergel sin par. Paisaje de encuadres bellísimos que envidian a los mejores de la tierra. Pero lo cierto es que la huerta: almacén de la ciudad, regada por el Segura; sin embargo se está deteriorando lamentablemente, fruto de la embestida de la ciudad. Hasta el punto que no se abrazan (5) entre sí, para el mantenimiento de su misión, sino que el barro penetra en la ciudad, y el ladrillo y el asfalto apagan la canción suave en una feroz eclosión de la naturaleza; lo que lentamente va minando el paisaje; que se aleja,

cada vez más. La ciudad avanza con agobio sobre la tierra convertida en solar ya, completamente secularizada. Los dioses se han ido, o se están yendo de sus fueros y el tragín de la especulación corrompe su magistral talante mientras el demiurgo de la anarquía incontrolada, (como fenómeno general) se apodera de aquella envoltura de arcadia.

## 2. DETERIORO DEL PAISAJE MOTIVADO POR EL IMPACTO DE LA URBANIZACIÓN

La urbanización, secuela del «fenómeno urbano», trae, de suyo toda una gama de nuevos planteamientos a niveles sociológicos, psicológicos, etc., que dan como resultado la fatiga del ser humano, que, de pronto, se ve hundido en algo a lo que ha de acoplarse necesariamente. Toymbe lo dice al referirse a esa: «fatiga física, la tensión psicológica y la pérdida de horas de trabajo y tiempo de recuperación, que ponen a prueba a la gente que debe trasladarse de un punto a otro». Es suficiente para intuir la transformación ecológica, donde el paisaje tiene su peculiar momento de atrofia, más aún, cuando va unido íntimamente a un entorno más urbano, lo que se hace notar en la evolución urbanística de Murcia, en los últimos veinte años, con el impacto de lo que nosotros hemos denominado, «urbanismo de cuchillo» siguiendo el planteamiento de Mumford; lo que hace que la ciudad del Segura, de barroco envidiable, halla cambiado de vestido y donde estaban sus gloriosas ruinas de signo arábigo: sus barrios, junto a la huerta, penetrados de belleza y apostura; sea algo mostodóntico, donde predomina el edificio y apenas existe reconstrucción o renovación por barrios, dándose ausencia de un planeamiento, que hasta hace poco, ha sido desordenado. Estimamos que Murcia en su

atuendo geográfico y cultural, debería haber mantenido la construcción típica que venía infundiendo gracia y donaire, vocación arquitectónica desde el siglo XVIII, sobre todo con la presencia de las azoteas, con sus patios y fachadas llenas de escudos linajudos, que daban pie para apurar el néctar de su tradición heráldica, pues la azotea: «era como un trampolín para hundirse en la ciudad, para entrever un paisaje urbano de características resonancias, con rasgos de chimeneas y tejados calientes, con siluetas de torres y cúpulas» (4).

Todo ha ido desapareciendo por la abulia o apatía de quienes han ido gobernando desde los escaños municipales, pues, ¿Qué ha sido de aquellas mansiones linajudas que estaban al ras de la muralla, de las casas de corte, etc.? D. Ginés de Rocamora, nos refiere la existencia de estas moradas junto a los muros vetustos, que habrían de imprimir sentido auténtico urbano y defensivo de la zona de huerta, pero que han pasado a mejor vida, y al igual con la casa del Doctoral La Riva, o la de los Condes de Roche, o las que estaban fecundando la estrechez de callejones con sabor a medievalismo, donde se apretaban los bodegones y otros establecimientos en que se expendían las típicas «Alkarrazas», que abundaban en anécdotas y en sentidas leyendas, sobre la base de un clamor popular y provinciano que ha desaparecido por el ímpetu del buldozer. Aquella huerta, como zona de su entorno más sustancial, servía a la ciudad para sus menesteres, en especial, en lugares cercanos a sus barrios apartados de la «madina» o zona central, como el relativo al de Zatsat, donde se daban cita los tintoreros, pellejeros y curtidores, que utilizaban la acequia denominada de Caravija para sus menesteres, lo que no estaba bien visto por el concejo. No existe el abrazo entre la ciudad y la huerta, como desearía el que fuera ilustre cronista de



la ciudad D. José Ballester (5), sino que hay guerra continua. Lo venimos observando, desde hace años en los que he podido comprobar lentamente, el destrozo de ciudad y huerta en mi deambular por sus espacios: y ver cómo se ha roto, en la huerta, su ancestralismo y hay que caminar por sus recodos, para dar de bruces con algún que otro objeto etnológico, donde se atisba la huella del hombre de esta tierra: su sentido de vida, su forma de existencia. Por ejemplo, ha sido superada aquella industria del huertano, típica y encomiable que se forjaba junto a la barraca y la misma tierra donde cavaba y realizaba su cotidianidad, donde tenía la morera y preparaba, como algo suyo, esa transformación del gusano de seda (busano de la sea) en el preciso elemento que era demandado por todas las regiones de la tierra. Pero junto a su morada, hecha de adobe, con la rusticidad de los medios que tenía en su entorno: los cañizos de las acequias, la madera de morera y de álamo o de chopo,

que elegantemente se eleva con sus revoltosas hojas grises, por entre los naranjales redondos y barrocos; tenía los utensilios y elementos, piezas en las que realizaban la «cría del gusano». Vivían para la cría del gusano que era la principal liturgia, desde la que se engarzaba toda una festiva trascendencia, que queda recogida en aquellas normas y ordenanzas viejas, que daban fuero al huertano y también le sujetaban a una alcabala. Hasta la ciudad se mostraba orgullosa con esta pequeña y gran industria artesana, que surgía de la misma entraña de su tierra, de la huerta que era su granero y almacén principal» su tesoro y núcleo de tradiciones de mejor encanto y envergadura. Que otras industrias colaterales habían, como la de lanas, que en época de Carlos III tomó fuerza, tal, que hasta se mandó hacer una Real Fábrica de lanas; huellas éstas, típicas de un comercio, que a lo largo del medievo, y en la misma edad moderna, radicaba en Murcia, y que su huerta le ofrecía el medio

más rotundo y variopinto, que daban cita a numerosos forasteros, como se muestra en documentados viajes de extranjeros por la ciudad, en el siglo XV, para dominar la piel magnífica y su paisaje, tan hermoso como el de Granada o el de Córdoba, pues no en balde, el mismo Rey Sabio, se enamoró en el siglo XIII, perdidamente de la ciudad moruna, creada por Abderraman II, y en sus repartimientos se conserva todo ese sentimiento por su amada ciudad, por su entorno y pueblos comarcanos, donde la huerta feroz era trabajada por cristianos viejos, por judíos, por mudéjares y moriscos, que le daban lo mejor de sus esfuerzos.

Cuando ahora se mira a la ciudad y a su paisaje cercano, nada inspira más como la lamentación, cual la que se amparaban en el siglo XI, en las sionidas de los judíos nostálgicos, que servíanse de sus poemas para respirar y continuar adelante, aún en las prisiones de otras tierras. La huerta murciana, fecunda en otras épocas ya es sólo tema de lamentación.

### 3. EL HÁBITAT DEL HUERTANO: SU ENTORNO, LABORES ESENCIALES DE COTIDIANIDAD, EL OCIO ENRAIZADO CON SU FOLKLORE

Cuando en el pasado siglo el viajero incansable que era Ciro Bayo, pasó por esta región levantina viniendo de otros lugares, pudo aprehender la característica, y con un solo golpe de vista, a modo de mirada impresionista, el paisaje de huerta, describiéndola como «legado y trasunto vivo de los árabes» (6).

En efecto, la plasmación prístina del escritor, como la del mismo Jean Sermet, que desde Francia se acercó por la huerta murciana, en especial por la de Alcantarilla, trasunto de las más arcaica estampa rural y típica en

valores etnológicos y antropológicos; es valde y demuestra el impacto de un paisaje que en un lapso de tiempo singular, ha variado desde casi sus mismas raíces. Pero aquel paisaje que vieran ojos de sutiles escritores y artistas reflejaba la calidad de la huerta murciana con el empaste de sus costumbres diarias, en materia de aguas, en asuntos jurídicos, en sus haceres religiosos, en su forma de vida con los elementos que le proporcionaban satisfacciones inmensas como son las que surgen al contacto con la misma naturaleza. Por eso más que hablar del murciano, habría que hablar del huertano habitante en Murcia, del personaje que con su trabajo, cavando siempre, a todas horas la tierra, regándola a todas horas sus heredades, entregado a sus misiones de envergadura rústica; es el que sirve de base a nuestro estudio. Por nuestra parte hemos dicho en alguna ocasión memorable que: «La huerta es resonancia de un folklore sincero que se desarrolla en sus formas y en sus gestos, habitáculo de tradiciones más señeras, que el sesgo de la civilización va minando lentamente...» (7). Y en verdad que aquella toma de contacto de tan ilustres autores venía a intuir algo que en nuestra huerta nace en época de Alhaken II, cuando los califas cambian las armas por otras formas de cultura, cuando surgen los focos culturales más importantes de la alta edad media y se imprime carácter a lo que serán los usos y costumbres en materia de riegos, que después se irán pergeñando en solemnes ordenanzas huertanas, que todavía se custodian por el huertano cavador, por el labrador de heredades, como algo que le pertenece por natura, porque el cavador de la huerta, que utilizaba el azadón más ancho o menudo, que tragina la tierra para echarle el líquido elemento, el agua de sus amores, que ha sido y continúa siendo su máximo «dolor de cabeza», entiende que el agua es sagrada, que pertenece al común, que o es del común o

no es de ningún, y en esto habla con lenguaje sencillo y con su dialecto a modo de panocho, que revienta los jopos de los cañaverales, pero le otorga calor de tierra surcada por el río.

El huertano, cavador, por antonomasia, habitante de la barraca sencilla, que es su morada más primitiva, propia para seguir la evolución de su trabajo, labor de siempre y recogida de la fruta en diversos períodos del año, arrendatario que paga el rento al dueño en la fecha de San Juan, como otra tradición acuñada por el surco de horas de antaño, acaso por el embrujo de estrellas y de naturaleza; que construye la morada junto con su esposa, mano a mano para conocer el trabajo en convivencia de sudores y de amor, que ordena su interior con el rubor de otro uso admirable, en la composición del Tinajero y del fogón o foguerín, dos aspectos de una vivienda penetrada de menudencias rústicas que son su testamento esencial, su linaje. Dentro estará la otra habitación integrada por el «tabla» con las mismas tablas cortadas de troncos de árboles, el catre de tijera y el arcón, que es como su biblia, en cuyo interior se encuentran los más añejos recuerdos, que el huertano adquiere por uso de generación y deposita en sus cubículos la misma sangre de sus abuelos, el sudor de sus padres y los de sus antepasados. El aroma del arca es como el roce del más absoluto comienzo de una vida huertana pegada a la tierra, en la que nace y a la que va en sus últimas horas, cuando su «horica» llega. No puede desatenderse de la imagen de San Cayetano o de la Virgen de la Fuensanta, la Fuensantica de sus amores, a la que dedica su plegaria más honda y fecunda, que lleva en romería costumbrista a su Santuario, en lo alto del «monte», que traerá a la Catedral en períodos determinados, para estar más cerca de ella. Es su «Virgen de la Vega», que custodia su huerta, su trabajo de sol a sol, para las labores de la plantación, estando al quite de

sus horas de agua, que eso sí, las defiende como oro en paño y hasta se enfurruña como los gatos, cuando ve que alguien, su vecino más pícaro, no deja pasar el agua cuando su tanda ha terminado, porque: «agua que no has de beber déjala correr», porque el agua es de toda la huerta que sabe desde su más enraizada fiebre y devoción de huertano, que el agua sacada del río, de su río, a veces no es suficiente, que cuando se desmadra por riadas interminables, entonces todo se termina, sus sudores no han servido de nada.

¡Ah, el río Segura don de Murcia, de su huerta, la raíz y base de una fecundidad o de una sequía agobiante!

Siempre la tragedia de la huerta ha estado en pos de este río que pudo ser como el Ebro, pero que ahora es raquítrico y no tan bello como en la entonación de Polo de Medina, cuando dijo una vez:

*«Canta cisne, famoso de Sigura  
con dulce lira metro numeroso  
el mas lúcido triunfo, el mas hermoso  
que a la envidia en prisión retrajo oscura».*

Mas el famoso cisne, se convierte a veces en tritón tenebroso que cual Atila va destruyendo lo que sus aguas tocan y nada germinará y todo será crujir de llantos en los huertanos; no haciendo caso de aquél:

*«Germinarás la huerta en ley estricta  
te ayuntarás en orden y concierto  
no asaltarás como tritón desnudo  
la ribera feliz que te encomiendo».*

La vida del huertano, labriego, emprendedor de la faena, siempre secundada por el ritmo de la naturaleza, se hace junto al río, en su entorno, padeciendo la influencia de sus acometidas o sencillamente la carestía de su agua, por eso el huertano sujeto a la cansera, a la

litúrgica del riesgo, es fervoroso, y como todo personaje rústico, siente en su entraña la llamada de lo religioso que constata en la serie de romerías y rogativas que a lo largo de su historia ha hecho y sigue haciendo, en pro de su huerta, para buscar la lluvia o simplemente para acallar el estertor de la tormenta. Todo ello es consecuencia del clima en que su vida o rol se desarrolla, emparentado con la naturaleza, sacrificándose a su llamada, resistiendo el tiempo en la plenitud de existencia, llevando esa característica a la misma ciudad que respetaba antaño su rostro, su paisaje por medio de la muralla, que lentamente fue desapareciendo, una muralla arábiga con siete puertas de lo que sólo la memoria queda. En este contexto, el huertano cavador (faena principal de su modo de vida) está enraizado, destinado a medrar por sí mismo desde la plenitud de su etapa vital juntándose con la compañera de su cotidianidad, en esa singular forma jurídica de «llevarse a la novia» que aún perdura como costumbre ancestral en determinadas pedanías o entidades locales menores (mal llamadas así, acaso por el sentido murciano de la perraneidad)», para unirse, la mujer laborará con él, brazo con brazo, como en una alta misión fecundadora de amor y economía, pergeñarán ambos, con el sudor de cada hora vivida al compás del tiempo natural, esa morada tan murciana, de tanta añoranza y sin embargo verticalmente laudable que es la barraca, desde donde se asoman las viejas tradiciones, los usos y ritos más admirables, dignos de reconsideración de meditación, de dedicación y estudio, ahora, en que desde la regionalidad española se abre curso a los perfiles oriundos de cada país, paisaje, paisanaje, entorno desde sus perfiles sacrosantos, cuando estamos en el momento de los prosaismos donde el duendecillo del misterio ya no cuenta.

La barraca era el: «sitio de intimidad en comunidad constante, en preocupación constante, como hogar, cobijo para la familia bajo un techo íntimo» (8).

(Continuará)

*F. Saura Mira*  
*Académico C. de la A.A. X. el Sabio*